

# CAPÍTULO UNO

MI NOMBRE ES MARINA, O SEA DEL MAR, PERO SOLO EMpecé a llamarme así mucho después. Al principio me conocían simplemente como Siete, una de los nueve *garde* sobrevivientes del planeta Lorien, cuyo destino estaba, y aún está, en nuestras manos. Las de aquellos de nosotros que no desaparecimos. Aquellos de nosotros que seguimos con vida.

Yo tenía seis años cuando llegamos. Cuando la nave dejó de sacudirse y se detuvo por fin en la Tierra, aun a mi corta edad comprendí lo mucho que había en juego para nosotros —nueve *cêpan* y nueve *garde*— y que nuestra única oportunidad estaba aquí. Habíamos entrado en la atmósfera del planeta en medio de una tormenta que nosotros mismos provocamos, y recuerdo, mientras pisábamos la Tierra por primera vez, las volutas de vapor que salían de la nave y la piel de gallina que me cubrió los brazos. Llevaba un año sin sentir el viento, y afuera estaba helando. Había alguien esperándonos. No sé quién era, solo sé que le entregó a cada *cêpan* dos conjuntos de ropa y un sobre grande. Aún ignoro qué había en el sobre.

Nos amontonamos todos, sabiendo que tal vez no nos volveríamos a ver nunca. Hubo palabras, abrazos, y luego nos separamos, como sabíamos que debíamos hacer, alejándonos

en parejas en nueve direcciones diferentes. Yo continué mirando por encima de mi hombro mientras las otras parejas se perdían a lo lejos, hasta que, una por una, todas desaparecieron. Y entonces fuimos solo Adelina y yo, caminando penosamente en un mundo del que no sabíamos prácticamente nada. Ahora me doy cuenta de lo asustada que debía estar Adelina.

Recuerdo habernos subido a un barco rumbo a un destino desconocido. Recuerdo dos o tres trenes diferentes después de eso. Adelina y yo nos manteníamos aisladas, acurrucadas una contra la otra en rincones oscuros, lejos de cualquiera que pudiera andar cerca. Caminamos de pueblo en pueblo, cruzando montañas y atravesando campos, llamando a puertas que enseguida nos cerraban en la cara. Teníamos hambre, estábamos cansadas y asustadas. Recuerdo estar sentadas en una acera pidiendo monedas. Recuerdo llorar en vez de dormir. Estoy segura de que Adelina dio algunas de nuestras piedras preciosas de Lorient a cambio tan solo de un plato caliente... Así de extrema era nuestra necesidad. Tal vez las dio todas. Y entonces encontramos este lugar en España.

Una mujer de aspecto severo, a la que luego conoceríamos como la hermana Lucía, salió a abrir la pesada puerta de roble. Miró a Adelina entornando los ojos, captando su desesperación, el modo en que se encorvaba.

—¿Crees en la palabra de Dios? —le preguntó la mujer en español, frunciendo los labios y examinándola con la mirada.

—La palabra de Dios es mi guía —dijo Adelina asintiendo solemnemente con la cabeza. No sé de dónde sacó esa respuesta (tal vez la había oído unas semanas antes, cuando nos dieron alojamiento en el sótano de una iglesia), pero fue la correcta. La hermana Lucía abrió la puerta.

Hemos estado aquí desde entonces, once años en este convento de piedra con sus habitaciones húmedas, sus pasillos

ventosos y sus suelos duros, fríos como el hielo. Aparte de los pocos visitantes, Internet es mi única fuente de información sobre el mundo fuera de los límites de nuestro pequeño pueblo; y la miro constantemente, buscando algún indicio de que los otros están ahí, de que están buscando, luchando tal vez. Alguna señal de que no estoy sola, porque a esta altura no puedo decir que Adelina siga creyendo, que siga estando conmigo. Su actitud cambió en algún lugar, allá en las montañas. Quizá fue con el portazo que dejó a una mujer hambrienta y a su bebé expuestos al frío de la intemperie por otra noche. Cualquiera que haya sido la razón, Adelina parece haber perdido la urgencia de seguir en movimiento, y su fe en el resurgimiento de Lorien parece haber sido reemplazada por la fe que comparten las hermanas del convento. Recuerdo un cambio claro en la mirada de Adelina, su repentino discurso sobre la necesidad de guía y de estructura si queríamos sobrevivir.

Mi fe en Lorien sigue intacta. En la India, hace un año y medio, cuatro personas diferentes vieron a un muchacho mover objetos con la mente. Aunque al principio el hecho tuvo poca trascendencia, la súbita desaparición del chico, poco después, generó muchos rumores en la región y empezaron a buscarlo. Hasta donde sé, no lo encontraron.

Hace unos meses hubo noticias de una chica en Argentina que, tras un terremoto, levantó una losa de hormigón de cinco toneladas para salvar a un hombre atrapado debajo; y cuando la noticia de ese acto heroico comenzó a difundirse, la muchacha desapareció. Como el chico de la India, ella seguía desaparecida.

Y está también el dúo de padre e hijo en Ohio, que en este momento es noticia en Estados Unidos, a quienes la policía está persiguiendo después de que presuntamente destrozaran un colegio entero entre los dos, matando a cinco personas

en el hecho. El único rastro que dejaron son unos misteriosos montones de cenizas.

“Parece como si hubiera habido una batalla aquí. No sé de qué otra manera explicarlo —declaró el jefe de la investigación—. Pero no se confundan, llegaremos al fondo de esto y encontraremos a Henri Smith y a su hijo John”.

Puede que John Smith, si ese es su nombre verdadero, sea simplemente un chico con algún resentimiento que lo llevó demasiado lejos. Pero no creo que ese sea el caso. Cada vez que su imagen aparece en mi pantalla, el corazón se me acelera. Se apodera de mí una profunda desesperación que no puedo explicar del todo. Estoy segura de que él es uno de los nuestros. Y por alguna razón, sé que debo encontrarlo.